

Horacio Serrano Palma en La Academia de la Lengua

El jueves último tuvo lugar la incorporación a la Academia Chilena de la Lengua del nuevo miembro electo, don Horacio Serrano Palma, quien reemplaza al desaparecido poeta Pbro. don Francisco Donoso.

El acto se realizó en la sala de reuniones de la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia del Director de la Academia, Dr. Rodol-

fo Oroz, y con asistencia de la totalidad de los académicos que se encontraban en Santiago. A pesar de ser un acto privado, sin invitaciones, se contó con numeroso público, que siguió el desarrollo de la sesión extraordinaria con vivo interés.

Al incorporarse el señor Serrano Palma leyó un interesante

ensayo de corte literario-filosófico sobre el desplazamiento de la palabra por la imagen, cuyo texto publicamos en esta versión.

Recibió al nuevo miembro de la Corporación el académico don René Silva Espejo, quien, después de hacer un apunte biográfico del incorporado, se extendió en algunas consideraciones sobre el tema de la incorporación.

Discurso de recepción a cargo de René Silva Espejo

Damos en seguida el texto íntegro del discurso de recepción a don Horacio Serrano Palma:

"Me atrevo a decir que los que acaban de escuchar a Horacio Serrano Palma están bajo la impresión de una profunda sorpresa. Lo que él ha expresado al franquear las puertas de la Academia Chilena de la Lengua es inaudito. Ninguno de los miembros de la Corporación ni tampoco de los asistentes a esta ceremonia había oído antes esta forma de iniciación y creemos que no será posible que volvamos en el futuro a escuchar algo semejante, porque el atributo de quien lo expresa es la originalidad. En su modo de ser, de vivir y de hablar el nuevo académico se aparta de la senda trillada y busca los orígenes. No es que quiera distinguirse de los demás, sino que su personalidad—ese fluido que emana del alma—es distinto. Y la distinción reside en el afán de buscar la causa primera de las cosas, en el descubrimiento del *noumenon*, como decían los griegos, es decir, de lo que está detrás del fenómeno, y que es el motor de la vida.

Lo natural en Horacio Serrano resulta a veces sorpresivo para quienes no le conocen o no lo han leído antes. Por eso no ha pronunciado ahora el discurso que siempre se espera, sino que ha incitado al auditorio a reflexionar sobre las palabras. Y lo ha hecho con la sencillez y la brevedad de quien conoce el valor de ellas y también su secreto; de quien sabe que las palabras están cargadas de sentido y no pueden malbaratarse. En apretadas palabras nos ha dado un tema para pensar. Siempre fiel a la filosofía griega nos ha aplicado la mayéutica, o sea, el arte de fecundar los espíritus.

Además lo ha hecho de acuerdo con la regla de oro de Baltazar Gracián: si breve, dos veces bueno.

La condición más tiránica que puede imponerse al escritor es la brevedad. Horacio Serrano la ha cumplido siempre. Por eso es que sus escritos, aun los que tienen la amplitud del libro, dejan la impresión de ser medidos y hasta avaros. En su trayectoria intelectual ha producido un inmenso número de páginas breves, las que, sin embargo, jamás dieron a quien las leía la sensación de volumen. Una reflexión cada día hemos recibido durante muchos años en sus glosas sobre la cultura griega; una apretada síntesis de los problemas de la vida contemporánea, en sus artículos bisemanales, que no exceden de una carilla. Es su producción esencial y de ella podrían seleccionarse varios libros, a semejanza de los que publicó Eugenio D'Ors para conservar sus breves notas periodísticas. Los comentarios de Xenius.

¿Cómo ha llegado este laborioso cultivador de las letras a medir y a tasar las palabras con ese ahínco? Hablando. No en discurso ni en cátedra; en conversación; en el diálogo—como comunicación espiritual—en el diálogo platónico. El derroche de palabras que Horacio Serrano hace en su charla chispeante, le permite reservar la quintaesencia de su pensamiento para escribir. Así nos explicamos la apretada conclusión de su labor literaria, que fluye sin tregua desde hace largos años, exhibiendo siempre una sencilla originalidad.

Compañeros en la tarea periodística podemos dar testimonio de su compromiso con la actualidad, que no lo aleja del pensamiento sutil.

Escribir sin tregua, pero con causa; reflexionar alrededor del gran suceso o de la nimia circunstancia parecen ser las normas de su trabajo.

Provocar en el lector inquietud, perplejidad y hasta reacciones contrarias sería su propósito.

En años pasados no disfrutó escribiendo sino divulgando lo que otros escribían. Fue editor desinteresado de la colección "Tres Ensayos". Una vez al mes, durante cinco años, apareció la revista con una trilogía de valiosos documentos de la cultura actual elegidos con sabiduría de buen cazador. Se impuso el deber de reunir lectores y de darles un extracto de lo más valioso que se encontraba en el enorme escaparate de las ideas contemporáneas. "Tres Ensayos" quedará como un modelo

de lección selecta y abreviada; como otra muestra de la originalidad intelectual de su autor.

Pero antes de esa hazña, Horacio Serrano había sido predicador evangélico de cultura en una publicación dedicada a los campesinos. Revista que tenía la humilde nobleza del silabario y el empeño de la antología. Difícilmente podría encontrarse otra empresa en que el intelectual debiera someterse a tantas limitaciones voluntarias. Tarea de sentido monástico, por la torturante búsqueda de lo elemental, y al mismo tiempo demostración de lo que puede la disciplina para vencer el orgulloso fuero de la razón...

Las academias eligen a sus miembros por la obra realizada en diversos campos de las letras. Los mejores exponentes de esas obras son los libros publicados. No importa su cantidad, sino su calidad. El nuevo miembro del número de esta Academia ha derrochado su producción en las páginas del diario, sin detenerse a coleccionarla y ha contribuido a la cultura general divulgando con amplitud de humanista la civilización madre de Occidente. Bastarían estos méritos para ocupar un sitio en una Corporación de personas que tienen la alta consigna de velar por el enriquecimiento del lenguaje, al cual Horacio Serrano ha dado una leal contribución con su prosa tersa y grávida de ideas. Pero a todo eso hay que añadir que ha escrito y publicado importantes ensayos sociológicos sobre Chile y su gente.

"Entre Mar y Cordillera", análisis profundo de la relación entre nuestro carácter étnico y la naturaleza que nos oprime, contraste entre el período de las guerras y el enervante tiempo de paz, para desembocar al fin de su examen en esta conclusión admonitoria: "Han sido muchas las sociedades que en el acontecer histórico perdieron lo que en ellas era vital y, sin mediar una batalla ni una baja de vidas, fueron desplazadas".

"¿Por qué somos Pobres?", es otro título. Su respuesta equivale a una radiografía de este país que se debate peligrosamente, atacado por la falta de desarrollo y la acumulación de aspiraciones insatisfechas.

En "El Chileno, un Desconocido" aparece una advertencia bíblica sobre el peligro que corre una nación que vive sin examinarse y, por lo tanto, sin encontrarse.

Con anterioridad había visto la luz otra indagación inquietante: "¿Hay miseria en Chile?", enfoque del problema económico y social. La respuesta que encontramos en sus páginas es esclarecedora de la realidad chilena; ahí se analizan la miseria material y la miseria espiritual, causas de la necesidad angustiosa y del analfabetismo, respectivamente, y se establece que la pobreza en Chile proviene en gran parte de la difícil explotación de las riquezas que poseemos.

Y mucho antes de estos últimos ensayos, Horacio Serrano

había dado término a su obra modular, la que sería como el cimiento cultural e ideológico de las antes mencionadas: "La marcha humana", publicada con un sarcástico subtítulo: "Apuntes para un silabario de la responsabilidad social". Libro de aliento histórico-filosófico que contiene una audaz síntesis del proceso que ha seguido la humanidad desde su creación hasta nuestros días.

Las obras mencionadas no pasan en conjunto de las 500 páginas y, sin embargo, abordan, sin erudición inútil ni recargo de citas, temas candentes y colocan frente a los políticos, gobernantes y dirigentes de la opinión pública una apretada y sintética visión de los problemas nacionales y de los puntos críticos hacia donde deben apuntar las soluciones.

El mérito literario adicional que exhiben estos ensayos es que han sido escritos en estilo claro. El saber denso y hasta inaccesible cuando lo exponen los técnicos, cobra en la pluma de Horacio Serrano levedad y vibración; las nociones más arduas las entrega al lector—podría decirse—peptonizadas, en forma de que sean fácilmente digeribles.

La forma precisa descubre la personalidad del ingeniero formado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y del bachiller en Ciencias del King's College. Las disciplinas matemáticas y el método científico trascienden en la forma y en la férrea trabazón del razonamiento.

La literatura ha sido beneficiaria de otras profesiones y no son pocos los ingenieros que dejaron de lado el cálculo para consagrarse a las letras. Horacio Serrano extrae de su formación profesional elementos intelectuales que le permiten dar rigor lógico al pensamiento y máxima exactitud a las palabras.

En resumen, vemos que como escritor, se ha probado en el yunque y en el burlín, en la gris artesanía y en la obra de fino remate.

No quisiéramos traicionar a nuestro amigo, dejando con lo dicho la impresión de que su trabajo literario está enmarcado en la austera seriedad del sociólogo. Los temas abordados por él son sociológicos, pero no le imprimieron carácter, no se encaramaron sobre el autor ni lo agobiaron con la pesantéz de las cifras. Sabe defenderse de esos peligros con una frase o un subtítulo que rompe la solemnidad de la exposición; producto de la ironía natural del autor. Sus dotes de ironía las ha perfeccionado en el largo trato con el pensamiento griego que lo familiarizó con la seducción del discurso socrático.

Hay quienes siguen preguntándose si la ironía es por sí sola un género literario o una figura de retórica. Creemos que ni una ni otra clasificación le cuadran. Los que piensan que la ironía se puede aprender y cultivar incurren en el error de

confundir una condición del espíritu con una gimnasia verbal. La ironía legítima es siempre un atributo congénito del escritor. Si es dote adquirida por ejercicio literario muy pronto se desvanecerá como una esencia que no está hecha con elementos nobles.

La ironía se comunica sin comunicarse y en eso reside su virtud y su peligro. ¡Cuántas veces experimentó el escritor que la emplea la frustración de comprobar que su mensaje no ha llegado al lector o se ha interpretado al revés!

El registro de la ironía es amplio y sus matices son ilimitados. Es por eso que hay ironía en el mimo, en el gesto, en el dibujo y, por sobre todo, en el lenguaje escrito o hablado. Desde este punto de vista la ironía es una modalidad de pensamiento, que está fuera de la retórica y que necesita y supone siempre un interlocutor capaz de captar el pensamiento que se expresa, escondido a medias.

Esta digresión tiende a realizar una de las excelencias del estilo de Horacio Serrano. La ironía está presente en sus glosas periodísticas y sobre todo en un pequeño libro que mencionaremos por separado, modelo de fina concepción irónica: hablamos de "En defensa de la tontería". Editado en formato de breviario, con un número escaso de ejemplares, el autor lo distribuyó entre pocos amigos lectores, pasando tal vez que había que precaverse de que una mayor circulación provocara amolias adhesiones a su tesis en defensa de la tontería...

Consignemos, al pasar, algunas de sus reflexiones:

GENERO HUMANO

"Entre las muchas clasificaciones que pueden hacerse del género humano, no es arbitraria—si bien difícil—una según las luces y el alcance de su espíritu. En esta forma haría tal vez 4 categorías: 1.º—Genios, seres encandilados con su propia luz. 2.º—Inteligentes, capaces de ver lejos y cerca. 3.º—Tontos, que nada ven a la distancia y muy poco de cerca. 4.º—Cretinos, seres que sólo absorben luz, sin darla jamás".

JUSTICIA

"Estas líneas no tratan de demostrar que la historia ha sido hecha por tontos y cretinos. No. Pero son una indicación para que, en vista del fracaso de toda tesis en que se ha dado por cierto la influencia de genios e inteligentes, se dé a la tontería la importancia que hasta ahora se le ha negado".

CONTRASTE

"En analogías que no necesitan ser demostradas la tontería ha formado un pensamiento que no tiene comparación en su mayor solidez, ductilidad y satisfacción con la que ha podido formar la inteligencia con su luz, su razón y su dolor".

SUFICIENCIA

"No es extraño que el niño inteligente sienta por primera vez en la escuela, al enfrentarse con la tontería, lo que Heine llama "un dolor de muelas en el corazón". Ni es extraño que el profesional tonto, que cree que todo lo sabe, se yerga sobre sus éxitos, y robándole con alevosía y maldad el pensamiento a Unamuno, diga "Yo sé quién soy".

PODER UNIVERSAL

"No parece posible que la tontería haya podido imponerse en un mundo complejo y extenso como el actual, sin contar con organizaciones y centros de estudios. La verdad es que cuenta con unos y otras. Y su idioma, además, sus lugares comunes y sus palabras son comprendidas en todas partes.

El tonto no es un hombre solo, vale decir, la tontería está organizada".

Estas citas arbitrarias, tomadas al azar, dan idea de la originalidad del breviario "En defensa de la Tonería".

Ahora que hemos fijado las coordenadas de la obra y personalidad de Horacio Serrano podemos apreciar en su justo valor el hermoso alegato que nos ha hecho en favor de la

palabra, como tema de incorporación.

Su preocupación se relaciona con el estrechamiento mental que significa el desuso y la pobreza del lenguaje humano en nuestro tiempo. Desde las viejas definiciones aristotélicas la palabra es ha considerado medio para expresar el pensamiento. Esta correspondencia entre idea y palabra adquiere una frenética fuerza en boca de Víctor Hugo: "La palabra—dijo—es vida, espíritu, germen, huracán, virtud, fuego; porque la palabra es el verbo y el verbo es Dios". Habrá romanticismo arrebatado en esta vibrante enumeración, pero ella, por sí sola, hace comprender lo que representa la muchas veces menospreciada palabra. Ante la ardiente exaltación del poeta, dan ganas de doblar la rodilla y saludar con reverencia a una soberana: S. M. la palabra.

El lenguaje existe en estado potencial, como sistema de signos, almacenado en la memoria, que es la computadora natural del ser viviente. El lenguaje es un producto social, que pertenece a todos los que viven en una comunidad y a quienes sirve de medio de comunicación: un vehículo para el uso de los individuos. Hablar una lengua es acto individual y para realizarlo debe movilizarse la mente. De modo que las personas que no usan esa reserva, que enmudecen, postergan su posibilidad mental.

En ese sentido la afirmación de Serrano de que el que no habla no piensa tiene plena validez.

El lenguaje es el instrumento de que nos servimos para transmitir ideas. Se trata de un proceso sorprendente, que incluye diversas operaciones. La palabra implica la imagen mental; la formación de sonidos y disposición de ellos en un orden determinado; la audición, la formación de la imagen en

quien escucha y finalmente su reacción. Todas estas fracciones corresponden a diversas ramas de la ciencia. Con la palabra están trabadas la psicología, la lógica, y la fisiología. Sin embargo, el estudio científico que más relación tiene con la palabra es la semántica. La semántica viene del griego *semaio* "significar", que a su vez derivaba de *sema* "signo". Es el estudio del sentido de las palabras.

En una forma menos científica diremos que la semántica es el arte de hacer la biografía de las palabras. Por sobre la filiación lexicográfica, y lingüística, cada palabra tiene su historia. Las más de las veces arbitraria. Por ejemplo, la palabra Academia.

Ocurrió que el filósofo Platón, buscando un sitio aislado y fresco para dar sus lecciones, dio con un huerto de olivos y plátanos, al cual los atenienses conocían por el nombre de *Academo*, personaje mitológico. Era el jardín de *Academo*. Antes de que el maestro se reuniera con sus alumnos en ese sitio sereno, había funcionado en él un gimnasio. Sin embargo, prevaleció el nombre de *Academo* y la escuela de Platón pasó a llamarse Academia. Es más, las doctrinas platónicas se conocieron bajo la denominación de *Antigua Academia*, y las interpretaciones de sus discípulos pasaron a ser la *Nueva Academia*. Por extensión todas las reuniones o centros que nacían para propagar las ideas, las ciencias y las artes, pasaron a llamarse *Academias*.

En nuestra época los estudios semánticos han adquirido gran boga y muchos hacen semántica sin saberlo, dando a las palabras sentidos que no tuvieron o buscando el olvidado para resolver los problemas de "las palabras cruzadas", que contribuyen modestamente al cultivo del idioma.

Volviendo al deterioro del lenguaje que señala Horacio Serrano, el tema ha preocupado grandemente a pensadores y educadores de

nuestro tiempo. John Dewey, tan influyente en la pedagogía contemporánea, ha hecho profundos estudios para demostrar el efecto restrictivo o expansivo del idioma sobre los procesos mentales. Nosotros, en esta sociedad chilena, tan inclinada a la elipsis, a la supresión de palabras o al reemplazo de locuciones por términos bárbaros y genéricos, sabemos cómo se empobrece la lengua y cómo la pereza mental hace hablar en términos cifrados o palabras impropias, cuando no reemplazar las palabras por gruñidos.

La posibilidad de comunicación hablada es medida del grado de inteligencia y coloca a la persona en condiciones de recibir de sus interlocutores ideas y reacciones que mejoran su reserva de lenguaje.

De modo que no siempre es acreedora al sarcasmo la proposición que suelen hacernos los buenos amigos, invitándonos a hablar: *cambie mos ideas...* Puede ocurrir que los que dialogan tengan distintas capacidades, pero entre 2 que intercambian palabras, siempre hay un dividendo de inteligencia que se incorpora al patrimonio de uno de ellos.

La denuncia de nuestro colega es precisa y alertadora. "Es ésta una época atemorizante que infunde pavor. La imagen arrebatada la importancia a la palabra".

Esa denuncia es válida y debe ser recogida por los educadores y todos los hombres cultos, ante el peligro de una atrofia verbal.

Treinta años atrás, cuando la radiotelefonía estuvo en condiciones técnicas de transmitir con perfección música selecta, un famoso intérprete, Leopoldo Stokowski, escribió que la divulgación de los grandes maestros era una gran oportunidad cultural, pero que la pasividad del oyente envolvía el peligro de cegar en ciernes la capacidad creadora, especialmente de los niños, haciendo cada vez más raros los compositores de genio. Los que hemos vivido esos treinta años somos testigos de que durante ellos no han

surgido grandes cumbres en el mundo musical.

Es justificado el temor de Horacio Serrano, de que las nuevas generaciones atadas al receptor de televisión sufran una ataxia lingüística o "alalia" mental.

La Academia es requerida por su nuevo integrante para asumir la plenitud de su responsabilidad, frente a la palabra. "La Academia—dice—no es sola custodia del lenguaje, sino clarificadora del pensamiento".

Tradicionalmente, la Real Academia de la Lengua, de la cual es correspondiente la de Chile, ha expresado su programa en el lema: "Limpia, fija y da esplendor". Estos tres objetivos tienden a cuidar la pulcritud, la propiedad y la riqueza del idioma.

El lenguaje, es bien sabido, obedece a leyes orgánicas: nace, se desarrolla, cambia y perece. Como todo cuerpo viviente, pierde células y crea otras nuevas. Este proceso evolutivo y dinámico, es ineluctable; puede ser dirigido, nunca detenido.

El trabajo más intenso de la Academia en nuestros días consiste en actualizar el idioma, abrir la puerta a nuevos pensamientos con el empleo de nuevas palabras, sean vernáculas o adquiridas de otros idiomas. La ciencia y la técnica presionan sobre el vocabulario, que necesita ampliarse para expresar con exactitud conceptos antes desconocidos.

A los afanes lexicográficos y etimológicos de la Academia se añade su preocupación por dar a las ideas formas de expresión adecuadas. Esta última tarea es la que coincide con la proposición del nuevo miembro del número: clarificar el pensamiento.

Llegamos al término de esta iniciación que ha tenido la virtud de trasladarnos del diccionario a la especulación filosófica.

Gracias, por nuestra parte, a la Corporación que tuvo a bien designarnos para cumplir la placentera tarea de saludar en su nombre a Horacio Serrano.



René Silva Espejo